

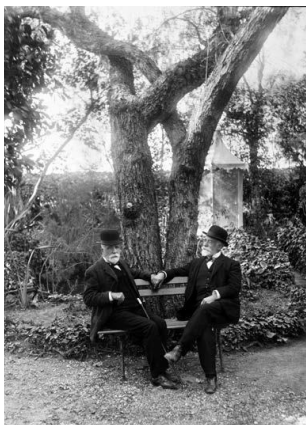
ÁNGEL PÉREZ-MARTÍNEZ / RELATOS DE VIAJE A LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES. *EL VIAJE A AMÉRICA DE RAFAEL PUIG Y VALLS*

No es una novedad ponderar la relevancia que tuvieron las exposiciones universales en numerosos relatos de viaje españoles del siglo XIX con destino en las exposiciones de Londres, París, Viena, Chicago y Filadelfia. Al respecto, contamos con un estudio de conjunto de Julia Morillo (2017), quien recoge y sistematiza por primera vez un corpus de más de un centenar de títulos que dan cuenta de la presencia de viajeros españoles, desde la primera exposición de Londres de 1851 hasta la de París de 1900, la última considerada «realmente» universal. Sin embargo, apenas se han publicado estudios individuales, más allá de los referidos a autores más conocidos, como Emilia Pardo Bazán, quien visitó las dos últimas exposiciones de París del siglo XIX: *Al pie de la torre Eiffel* (1889) y *Cuarenta días en la exposición* (1900).

Por sus características comunes, estos relatos pueden considerarse como una familia textual con marcas propias que los distinguen de otras familias del mismo período. Sus propiedades, como veremos, están condicionadas por un evidente componente espacial, consistente en el desplazamiento de los viajeros a otros países para conocer de primera mano los avances tecnológicos entonces emergentes. Dicho componente, a su vez, se combina con intereses de orden económico, mercantil, científico o político, al tiempo que dan pie a la expresión de admiración o contraste ante costumbres, arquitectura, sociedad, etc., del país visitado. Los países anfitriones aprovechan la ocasión para exhibir sus fortalezas y los visitantes para medir su competencia. Los relatos intentan proyectar la realidad observada a través de este gran angular que incluye aspectos heterogéneos de la ciencia y las artes del momento. De ahí precisamente su singularidad, en cuanto que actúan a modo de crisol de muy diferentes culturas y disciplinas, sobre todo tecnológicas.

En este trabajo nos proponemos atender al relato de viaje que el ingeniero de Montes Rafael Puig y Valls realizó para asistir a la Exposición Universal de Chicago de 1893. Su pertenencia a esta familia textual de los 'relatos de viaje a las exposiciones universales' nos facilita entender sus observaciones en un contexto común de referencia. Hay que tener en cuenta que se trata de un ingeniero que escribe sus crónicas para el periódico *La Vanguardia*, crónicas más tarde reunidas como libro, lo que le mueve sin duda a desprenderse de su bagaje técnico y ajustarse más al registro periodístico y literario. En el libro mantiene el tono y estilo original, incluso en las alusiones a los lectores de sus crónicas periodísticas.

La biografía de Puig y Valls nos muestra una personalidad inquieta: ingeniero de Montes, gran interesado en la naturaleza y promotor del «día del árbol», fue nombrado Comisario de Industrias de



la Sección Española en la Exposición Universal de Chicago en 1893. Es el único gran viaje que realizó, aunque su labor de ingeniero jefe del distrito lo mantuviera itinerante entre Barcelona, Gerona y las islas Baleares. También asistió a la Exposición Universal de París en 1889. A raíz del comisariado escribiría *Viaje a América*, publicado en dos volúmenes el año siguiente. Su texto, como bien señala Morillo (2017: 394), toma como modelo a cronistas anteriores, como Emilia Pardo Bazán y sobre todo *La exposición de Filadelfia: cartas dirigidas a La Época* (1876), de Alfredo Escobar.

«Es cosa vulgarísima hacer un viaje de París a Nueva York», así inicia el catalán la relación de su periplo trasatlántico. Este comienza con la descripción de la travesía desde París hasta Nueva York en el buque *La Touraine*. La atención con la que detalla el cruce merecía algunas considera-

ciones. La primera es que el relato del escritor catalán se encuentra en un momento privilegiado de la historia de la navegación: el del inicio de los viajes trasatlánticos a vapor desde la construcción del *Great Western* en 1838, más rápidos y seguros y no sometidos totalmente a los vaivenes meteorológicos. La atención a los detalles del viaje en un buque de lujo pone de relieve las nuevas posibilidades de viajar que ofrecía. Las travesías trasatlánticas del XIX aprovechaban la llamada *pax britannica*, cuando el océano Atlántico, libre de la piratería, se convirtió en un escenario que permitió viajes menos peligrosos.

A partir de mediados de siglo se producen varios fenómenos que también agilizan las comunicaciones y los viajes: la apertura de los puertos chinos y japoneses a los barcos europeos y norteamericanos, la abolición de las leyes de los cereales en Inglaterra en 1846, la medición trigonométrica de la India, la invención del telégrafo, la construcción del Canal de Suez y la aparición de las primeras agencias de noticias. Estas circunstancias configuran el marco de este conjunto de relatos de viajes, que no solo están relacionadas con los medios de transporte, sino con una ampliación del espacio geográfico y mental de los viajeros. El autor intercala metáforas sobre el lujo del «palacio flotante» con información cuantificable como los precios, los menús y actividades a bordo. Sus observaciones dejan entrever las diferencias entre las clases sociales y un tipo de viaje que participa de la etapa dorada de las travesías trasatlánticas. Como dato curioso, unos años después, en abril de 1912, *La Touraine* enviaría una advertencia telegráfica sobre la presencia de icebergs al *Titanic* en su viaje inaugural.

El itinerario que sigue el viajero le conduce a Nueva York, para continuar hasta Chicago, y seguir después a San Francisco, El Paso, México y La Habana, con algunas visitas fugaces a Salt Lake City, Milwaukee, Querétaro o San Juan de Puerto Rico. A pesar del introito

 Rafael Puig y Valls con su hermano Mariano, Tarragona, 1912

navegante, este relato de viaje tiene como perspectiva el camino a pie por las ciudades que visita y los desplazamientos en tren por el país, aunque vuelva al barco en la última parte del trayecto.

La Exposición Universal de Chicago

Una vez alcanzado su destino, la narración del viaje cede su lugar al claro dominio de la descripción. El autor llega a Chicago veinte días antes de la fecha de la inauguración de la exposición y presencia los preparativos logísticos del gran evento. Los pabellones no estaban listos, en parte por la extrema climatología invernal, y también debido a las huelgas de los gremios que colaboran en su construcción. El texto nos ofrece con detalle el valor de la mano de obra de los carpinteros y los peones, y las huelgas y las tensiones en un proyecto que exigía durísimas condiciones laborales. El autor incluirá comparaciones con otras exposiciones («en Barcelona hubo lucha de personalidades, aquí lucha de intereses») y un análisis sobre el proyecto que en ese momento arroja dudas sobre su viabilidad. También hay numerosas anotaciones sobre la calidad de la hostelería y los elevados precios de las habitaciones durante el tiempo que duró la exposición, en una muestra de la microeconomía comparativa de textos como este, en donde se apuntan los precios de servicios y productos en clave internacional. Puig y Valls anota cómo recogen el evento periódicos como el *Chicago Herald* y el *Chicago Post*. En su retórica resalta la importancia conmemorativa de la exposición y su relación para la memoria hispánica. Abundando los datos curiosos para un lector actual, como que el himno nacional de Estados Unidos de Norteamérica fuera —todavía— el *Dios salve a la Reina*.

No faltan las descripciones de la arquitectura, destacando el llamado «palacio de Manufacturas», el «edificio más notable de esta exposición» para Puig y Valls. El viajero hace una evaluación descriptiva del pabellón español, más de dos mil metros cuadrados. Pero a España le ha tocado un «sitio modesto» por «haber vacilado tanto tiempo en aceptar la invitación del Certamen». Entre las regiones del país la sección catalana tendrá un lugar preferente. Hay siempre un hilo crítico en las descripciones del escritor, quien enumera con todo detalle los géneros españoles y su estimación. Indicará, por ejemplo, que los pianos de Madrid y Valencia «no deberían haberse enviado a esta exposición», porque no son capaces de competir en calidad y cantidad con la producción europea y norteamericana.

También detiene su atención en las secciones de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, con detalle de las muestras de cada país. Estas anotaciones son de especial importancia en cuanto se sitúan circunstancialmente unos años antes de su independencia y de la guerra hispano-estadounidense. En el caso de la producción cubana destaca su industria tabacalera, frutas, ingenios azucareros, la producción de cacao, ron de caña, coñacs y ginebras, mientras que Puerto Rico presenta productos farmacéuticos, alcoholes aromatizados, cacao y café con el lema «The coffee of Portorico is the best of the World». La industria rural filipina también ofrece tabaco, azúcar y productos textiles. Los productos agrícolas de las llamadas «posesiones de Ultramar», «hijas predilectas» de la «madre patria», son descritos con una perspectiva más lejana que los de las peninsulares y con una visión no exenta de paternalismo.

Las anotaciones comerciales resultan, sin duda, más interesantes y apuntan al negocio internacional. Puig y Valls parece adelantarse varias décadas al desarrollo publicitario de las marcas vitivinícolas, augurando la difícil competencia internacional que les espera a los vinos españoles frente a los vinos argentinos, africanos, australianos y

también los californianos, ante los que debe abandonar sus prejuicios iniciales.

En todo momento del relato el pabellón español es protagonista y su valoración se mide en la comparación con otros países, de donde resulta la mencionada actitud crítica con la muestra seleccionada. Así ocurre cuando en la sección de máquinas y minas denuncia la «misérrima» instalación española que no representa el desarrollo industrial del país, evidenciado, por ejemplo, con los motores de los cruceros que se construían en Cataluña. Otro tanto señala en cuanto a las instalaciones mineras, que dejan de lado las explotaciones de cinabrio en Almadén o las minas bilbaínas. La sección de Guerra y Marina exhibe una colección de piezas antiguas, pobre muestra de la industria militar en los años que anteceden al desastre del 98.

Su más que evidente interés por la técnica no evita que se puedan encontrar pequeñas referencias a la cultura y la sociedad. Así, en la «Sección de señoras», el autor anota:

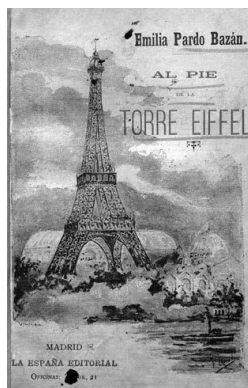
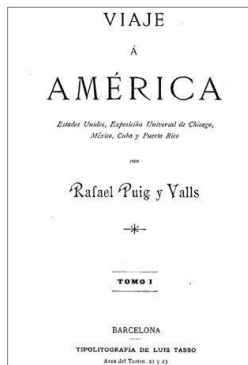
[...] han llamado la atención los libros de las señoras españolas, entre las que sobresalen las que han dedicado sus estudios a la filosofía, teología, poesía é historia. El número total de libros expuestos en la biblioteca es de 283 [...]. En pedagogía, la cartilla sistema Fraebel, de Gloria Téllez, ha sido juzgada muy ventajosamente. Toda la colección de libros ha merecido un premio colectivo en que se hace resaltar la importancia y el mérito de la obra literaria y científica de la mujer española. (Puig y Valls, 1894: 148)

Puig y Valls será especialmente crítico con la «sección forados», de cuya instalación él mismo era el encargado, pero que resultó «pobre y deslucida», con unas «mezquinas colecciones enviadas por algunos Institutos, cuyos nombres no quiero recordar». Y otro tanto señala sobre las colecciones enviadas desde Filipinas, sin catalogar y sin etiquetar. Su conocimiento especializado sobre esta área hace más agudos sus comentarios, aunque se consuela gracias a algunas piezas de caoba cubanas y unos «paralelepípedos» filipinos con los que se han conseguido mantener las apariencias.

No deja de referirse el autor a la presencia en el evento de la infanta doña Eulalia Borbón y Borbón, autora de *Cartas a Isabel II. Mi viaje a Cuba y Estados Unidos*, un relato que merece integrarse dentro de esta familia textual, y en el que se aprecia una aproximación divergente a la del escritor catalán.

Con un acápite titulado «La catástrofe», se relata crudamente el incendio de uno de los edificios de la exposición, conocido como «Cold Storage House», en donde perecieron cerca de cincuenta per-

Á. PÉREZ-MARTÍNEZ /
RELATOS DE
VIAJE A LAS
EXPOSICIONES
UNIVERSALES...



Á. PÉREZ-
MARTÍNEZ /
RELATOS DE
VIAJE A LAS
EXPOSICIONES
UNIVERSALES...

sonas. Es muy llamativa también la descripción de los llamados «actos inmorales» en uno de los edificios de la exposición, el «Midway Plaisance», en lo que parece ser un teatro de bailarinas y que fue clausurado debido a una investigación del «Board of ladies» de la ciudad. Lo curioso de la descripción es que se realiza de manera tangencial sin especificar cuáles eran aquellos actos, solo sugeridos, en una muestra del estilo de escritura de la época.

En las reflexiones conclusivas, Puig y Valls destaca la electricidad como un hecho trascendental para el progreso; y no solo en la exposición. La atención que le presta es continua a lo largo del viaje, desde su travesía en *La Touraine*, en los hoteles norteamericanos y en las estructuras urbanas: «los elevados, los funiculares, la toma de aguas en el lago, las plantas de luz eléctrica, las grandes estaciones de fuerza



Exposición
Universal de
Chicago, 1893

para transmitir la energía [...]». Para el viajero, «el triunfo de la electricidad en Chicago ha de consignarse en la historia del progreso humano como un suceso glorioso» (Puig y Valls, 1894: 60)

La extrañeza en el *Viaje a América*

El relato del viaje a la exposición no se limita a la descripción de esta, sino que va a servir para trasladar a sus lectores el desconcierto que el mundo americano le ha producido. El autor suele recurrir a fuentes externas, testigos que considera confiables sobre la historia de las ciudades que visita, o personas que conocen proyectos específicos, vinculados a la industria o el urbanismo, en su afán de construir un relato documentado y objetivo. Pero a la vez da expresión a sus propias impresiones ante la experiencia de la realidad americana. Al hablar de los Estados Unidos Puig y Valls es consciente de encontrarse ante un mundo nuevo que es difícil de categorizar.

Estoy tan absorto y tan fuera de mi centro que á veces se me figura que vivo en un planeta, que no es La Tierra, y que todos mis prejuicios, ideas y sentimientos están en rebeldía perpetua en mi cerebro, luchando con una corriente de fuerzas variadas, cuya resultante no sé hallar, por más que busco con avidez la verdad, y la dirección que sigue la novísima y quizás mal definida civilización americana. (Puig y Valls, 1894: 182)

El primer choque cultural tiene lugar, como es habitual en los viajeros españoles, al sufrir la humillante experiencia de los métodos aduaneros a su llegada a Nueva York. A partir de ese momento, la

imposibilidad de captar el modo de vida norteamericano es una constante que se evidencia en la falta de elementos para poder concretar un juicio sobre el país. Por ejemplo, cuando el autor visita la colonia Pullman, donde se construyen los vagones del mismo nombre, realiza una breve reflexión estética:

[...] y con el afán de innovar y separarse de los viejos moldes, buscando algo nuevo que responda á la idiosincrasia de las nuevas sociedades, divagan y se pierden en un mar de líneas y formas extrañas, cuyo alcance no es posible adivinar. (Puig y Valls, 1894: 210)

Esta conciencia de un «mundo nuevo» va poco a poco clarificándose en cuanto el autor es capaz de encontrar el perfil urbano típico de Norteamérica:

La capital de Utah es una población de factura norteamericana bien marcada; sus calles rectas y anchas, sus tranvías eléctricos, sus discos de alarma, sus policías con casco y club en la cintura, sus tiendas abigarradas, hoteles inmensos, edificios públicos estafalarios, la luz eléctrica en todas partes, son notas repetidas en la ciudad de los mormones, como lo son en todas las grandes poblaciones de la Unión americana. (Puig y Valls, 1894: 14)

La admiración ante la gran ciudad futurista se expresa desde su llegada a Nueva York con la visión de la Estatua de la Libertad, inaugurada seis años antes. El intento de captar la fisonomía urbana le lleva muchas veces a establecer comparaciones:

El Broadway es como el Regent Street en Londres, como los bulevares centrales en París, como la Rambla en Barcelona, la nota típica de New-York, el eje de giro de todo su tráfico, el centro de los negocios, el lugar más frecuentado y el punto preferido para localizar las tiendas más suntuosas, los bancos y las sociedades de crédito más en boga, los edificios de las compañías de seguros más repletas de millones, los restaurantes y bares de moda. (Puig y Valls, 1894: 27)

El autor tiende a realizar siempre una primera configuración en sus descripciones urbanísticas: «basta echar una ojeada al plano de New-York para distinguir la parte vieja de la nueva» o en Chicago «Estoy, pues, ya, en el primer centro comercial del mundo; su fisonomía especial, su tráfico babilónico, sus edificios colosales». En esta segunda ciudad, en concreto, se detiene en lo que denomina «ingeniería municipal», aprovechando para hacer una breve historia de la urbanización de la ciudad.

Es evidente que la obra de Puig y Valls tiene una clara intención informativa, a la que se añade una tendencia pedagógica habitual en los relatos decimonónicos. Hay que tener en cuenta que el autor es consciente de que lo que ve es nuevo para muchos de sus lectores. En las descripciones citadinas utiliza tropos y sobre todo se sirve —y a veces abusa— de la metáfora. Por ejemplo, en la descripción del centro de Chicago:

El que visita por primera vez el Downtown de Chicago, lo primero que se le ocurre preguntar es si aquella ciudad se ha construido para gigantes y por una raza superior que sólo concibe lo monumental y grandioso, cuya fórmula se sintetiza en su famosa osadía. (Puig y Valls, 1894: 48)

Como ya he indicado, el texto está escrito a la manera de una crónica, con un claro carácter periodístico. Esto permite que el autor confirme o se desdiga sobre afirmaciones anteriores. Es sugerente la provisionalidad de las primeras impresiones, lo que agrega un enorme valor a sus expresiones y demuestra también el alcance de este tipo de relatos, cuya capacidad descriptiva aúna lo subjetivo y lo objetivo.

Especial atención dedica el autor al mundo natural y a la presencia de las áreas verdes en los espacios urbanos. En Chicago, por ejemplo, se referirá a los jardines «más extensos que cuidados, numerosos, repartidos convenientemente para que los diferentes centros de población puedan disfrutar de sus paseos y arboledas». Mencionará «el Lincoln Park, el Washington Park, el Garfield Park, el Jackson Park, donde se ha montado el inmenso mecanismo de la Exposición colombiana». En esta misma ciudad se detendrá en la contemplación del lago Michigan. En Washington se fijará en «sus hermosos parques, cuajados de estatuas y monumentos», en San Francisco se pregunta «¿qué imaginación pudo jamás concebir un parque como el "Golden Gate Park", de vegetación tropical espléndida, de trazado amplio y suntoso, o los árboles plantados por el mismo Washington: pinos, robles, encinas, cipreses piramidales, árboles todos de hoja perenne». Los viñedos de California impresionan a Puig y Valls igual que la mencionada San Francisco, probablemente la ciudad más elogiada por el autor. Es probable que muchas de estas ideas hayan sido una de las motivaciones que Puig y Valls halló para la posterior promoción del «día del árbol» en España.

Es curioso que toda esta aproximación detenida, pero en la que no termina de comprender el proceso de configuración de la nación norteamericana, se resume en una simpleza conclusiva que relega el espíritu del país a una suma de egoísmos. Lo dice claramente el escritor catalán cuando al final se refiere al misterio de los Estados Unidos, que «a través de sus invenciones y riquezas parecen un cuento de hadas; cuando se tocan de cerca, la ilusión se desvanece». Un país que carece de esencia y que ha creado un Estado alejado del concepto de familia, donde la idea de patria está difuminada, por lo menos en el sentido español y europeo. Especialmente la institución familiar es una idea a la que regresará una y otra vez en las conclusiones del libro. Un ejemplo es la emancipación precoz de los jóvenes norteamericanos cuya consecuencia es el impedimento de una noción de hogar. Pareciera que en las líneas finales hay un intento de desenmascarar aquella imagen de una sociedad avanzada, que supera a la española, y en donde sus ciudadanos «vistos de cerca» están también hechos del «barro deleznable con que se forman también aquí los nuestros». Sin embargo, las descripciones iniciales de *Viaje a América* no concuerdan del todo con esta postura, sobre todo en el asombro mostrado ante los prodigios urbanísticos y sociales de algunas ciudades.

La América hispana y el regreso a España

En el segundo volumen, el viajero abandona Norteamérica; desde California se dirige a El Paso y luego a la Ciudad de México, en donde su capacidad perceptiva se modifica, para dar lugar a una constante comparación con lo español. A partir de ese momento pasa a intercambiar datos sobre la historia mexicana, incluida la independencia del país —la percepción de una cierta orfandad social transparenta su posición ideológica—, para centrarse específicamente en la tradición española común. Una descripción de ciudad de México puede clarificar esto:

La fisonomía de sus casas bajas, pues pocas tienen más de dos pisos, sus tiendas de aire puro español, los chicos que preg-

nan las mercancías y ofrecen los diarios del día, los carruajes de lujo y alquiler que cruzan el arroyo, la urbanización bastante bien entendida, todo tiene aire europeo, todo recuerda á Madrid. (Puig y Valls, 1894: 89)



Á. PÉREZ-MARTÍNEZ / RELATOS DE VIAJE A LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES...

La Habana, calle del Obispo, siglo XIX

El paso fugaz por Veracruz, aislada por una epidemia de fiebre amarilla, marcará el final del trayecto mejicano y la continuación de su viaje hasta La Habana. La estancia en la isla da lugar a una explosión sensorial ausente en el periplo norteamericano: el olor del plátano, el color de los cocos, la pulpa de las chirimoyas y los mangos. La atención a la sinestopía en la configuración del espacio visitado es un asunto que pocas veces suscita mención en los relatos de viaje, pero sobre el que Luis Alburquerque ya llamó la atención en su trabajo de 2019 como una vía de análisis relevante. Igualmente, el clima, la flora, la gastronomía, que no habían sido asuntos de relieve hasta este momento en su relato, ahora son anotados cuidadosamente.



Zócalo en ciudad de México, siglo XIX

La fecha de su viaje en 1893 sitúa al viajero en un momento idóneo para atisbar en Cuba algunos indicios significativos en el contexto histórico previo a la independencia. Puig y Valls dedica varios párrafos a advertir del «malestar económico de la isla de Cuba», y las «peligrosas» relaciones con los Estados Unidos. Llega a decir que «los españoles de Cuba», entre los que hace grandes amistades, «han perdido la fe en los hombres que nos gobiernan».

La última parte de su estancia americana le conduce a Puerto Rico, donde estará muy poco tiempo, solo el suficiente para dar algunas descripciones muy rápidas de la ciudad y seguir viaje a bordo del transatlántico *Alfonso XII* rumbo a Cádiz. A diferencia del detallado viaje de ida a América en *La Touraine*, al de regreso solo le dedica unas brevísimas anotaciones dando cuenta del mal clima. Finaliza al llegar a puerto con unas palabras de agradecimiento a Dios «que me permi-



Á. PÉREZ-
MARTÍNEZ /
RELATOS DE
VIAJE A LAS
EXPOSICIONES
UNIVERSALES...

tía volver sano y salvo al lado de los que siempre me amaron, para vivir y morir entre los míos, lo que da idea de su percepción de tan largo viaje y de los riesgos finales.

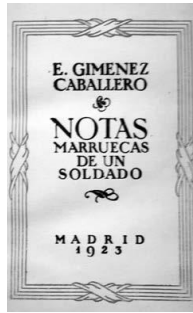
Si el autor había dejado patente su extrañeza por Estados Unidos, su descripción de México y Cuba es muy diferente. Es evidente una mirada nostálgica en México por lo que fue español y ya no lo es. En Cuba su sentimiento de estar en casa le hace ser muy explícito sobre el abandono de la isla por parte de la metrópoli y el descontento de muchos cubanos. Esta lectura pocos años antes de la crisis del 98 no hace sino marcar el relato de Puig y Valls como un testimonio que anticipa un nuevo futuro geopolítico, económico y social, en donde las notas hispánicas son importantes para la comprensión de las nuevas ciudades y naciones del siglo XX en América.

Á. P.-M.—UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO-PERÚ

Bibliografía

- ALBUQUERQUE-GARCÍA, L. (2011). «El relato de viajes: hitos y evolución del género», en *Revista de Literatura*, LXXIII, 145, pp. 15-34.
— (2019). «El empirismo *Avant la lettre* en *Il Milione* de Marco Polo», en *Viajeros en China y libros de viaje a Oriente (Siglos XIV-XVII)*, ed. Rafael Beltrán, Valencia, Universitat de València, pp. 25-48.
BORBÓN Y BORBÓN, E. (1949). *Cartas a Isabel II. Mi viaje a Cuba y Estados Unidos*. Barcelona, Juventud.
MORILLO, J. (2017). *Las Exposiciones Universales en la literatura de viajes del siglo XIX*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
PUIG Y VALLS, R. (1894). *Viaje a América. Estados Unidos, Exposición Universal de Chicago, México, Cuba y Puerto Rico*, Barcelona, Tipografía de Luis Tasso.

ASUNCIÓN CASTRO DÍEZ / MARRUECOS EN EL RELATO DE VIAJES ESPAÑOL. LA MEMORIA DE ANNUAL EN LAS OBRAS DE ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO Y LORENZO SILVA



Ernesto Giménez Caballero

Marruecos ha sido un destino privilegiado en los relatos de viaje españoles del siglo XIX y primer tercio del XX, gracias a su cercanía geográfica. Este criterio espacial, geográfico, se complementa con otro de carácter histórico-político a la hora de unificar estos relatos en un grupo textual homogéneo: el contexto del colonialismo africano. El XIX es el siglo de los grandes viajes de aventura y descubrimiento de África que, en España, con una posición débil, y volcada en las posesiones americanas, tiene un menor empuje que en otros países. Pero, a medida que va avanzando el proceso de independencia americana y que las naciones europeas van asentando sus intereses territoriales en África, en España va madurando de forma casi natural la idea de que Marruecos ha de ser español, tanto por razones de estrategia política y territorial en el marco europeo, como desde el convencimiento de la misión «civilizadora» que España debe al país vecino, dada su historia compartida de Al-Ándalus.

Evolución y motivaciones del relato de viajes marroquí

Los relatos viajeros por Marruecos son reflejo de unas convicciones ideológicas y culturales previas al viaje y asentadas en su tiempo, pero a la vez, estas obras contribuyen a su difusión y proyección en el imaginario colectivo. Ya el temprano viaje de Ali Bey [Domingo Badía], realizado entre 1803 y 1807 por los países árabes, asienta una serie de tópicos y prejuicios que los viajeros que le suceden repiten con pocas variantes, resultado de una mirada eurocéntrica que describe el país subrayando las diferencias que los separan. En fuerte contraste con la idealización orientalista creada en el Romanticismo, las narrativas del viaje marroquí en el XIX y principios del XX dibujan mayoritariamente un país primitivo, supersticioso, que carece de ciencia y de infraestructuras básicas y con una sociedad en decadencia, sometida al capricho despótico del sultán. Este reiterado recuento de defectos legítima la colonización como una misión noble que va a redimir a la población marroquí, además de proteger a Marruecos de la depredación de otros países europeos; una excusa esta última que en realidad esconde las prevenciones ante un probable dominio francés en la frontera sur española. La oposición entre progreso occidental y decadencia marroquí es tan avasalladora, la alteridad tan manifiesta, que ningún viajero cuestiona el discurso civilizador que sostiene la acción colonial. Muy raramente se desliza alguna fisura en este sistema de pensamiento, como es el caso del periodista Rodrigo Soriano quien, como conclusión de su viaje diplomático tras la campaña de Melilla (1893-1894), pone en duda que la transformación del país a imagen y semejanza del moderno occidente sea el único destino posible: «¿Pero está averiguado acaso que la civilización es la felicidad? ¿Poseerán la verdad estos moros?» (Soriano, 1894: 616).

Se hace necesario, por tanto, atender a la praxis del viaje y a la compleja intencionalidad que a menudo encierra. Sobre todo, en el XIX, geógrafos, naturalistas, diplomáticos, militares y aventureros re-